

# **LA ÚLTIMA FRONTERA**

**JUAN L. PULIDO BEGINES**

*LA ÚLTIMA FRONTERA*



1ª edición, 2017

Diseño de la cubierta: Francisco M. Mesa García

**Editorial DALYA**

Jilguero 14

11100 San Fernando

*www.edalya.com*

© del texto, Juan L. Pulido Begines

© Desarrollo de Ámbitos de Lectura y Aprendizaje S.L.

Reservados todos los derechos sobre este libro. No está permitida la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, multimedia o digital, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 978-84-946227-3-1

DL CA 167-2017

Impreso y encuadernado por CIMAPRESS

Printed in Spain / Impreso en España

*A mi abuelo Emilio Begines.*

*Sin él saberlo, en su compañía comenzaron  
a gestarse estas páginas .*

*«La gente de Andalucía hallo yo que es la mas belicosa y fuerte, y de mas ánimo que otra ninguna de España; porque esta provincia fué la que más tiempo sostuvo la guerra contra los moros del reino de Granada, por ser tan junta y vecina con él; y esta es la que agora tiene guerra contra los moros de Africa, que continuo con sus navíos andan por la mar, los cuales si saltan en tierra para hacer daño en ella, son de los cristianos andaluces tan perseguidos, que acontece mucha veces á los caballeros y peones salir á rebato, y sabido á que parte los moros estan, de dia ó de noche correr dos ó tres leguas por llegar á los moros; y si los alcanzan en tierra, aunque haya diez moros para un cristiano, hieren en ellos y los desbaratan, matan y captivan, por manera que si los cristianos llegan á tiempo que los moros están en tierra, nunca se embarcan, sino es con pérdidas y muerte de muchos de ellos. Tengo visto muchas veces salir los cristianos á estos rebatos con tanto contento y voluntad y tan apriesa, como si fuesen á cosa de gran regocijo y placer».*

***Crónica de los Duques de Medina Sidonia***

**Por el Maestro Pedro de Medina**

**1561**

**p. 261.**

# ÍNDICE

## PRIMERA PARTE: AZNALMARA

1.- Córdoba 1438	15
2.- Aznalmara 1438-1446	21
3.- El sitio de Aznalmara 1446	35
4.- Las selvas del Guadiaro	49
5.- Gibraltar	59
6.- El tornadizo	73
7.- La madraza	87
8.- Fray Fernando	97
9.- Salé 1448	103
10.- La fusta de Mansur	111
11.- El asalto a Conil	119
12.- Tempestad en los Algarbes	127
13.- Invernada en las bocas del Wadi Ur	139
14.- El galeote	149

## SEGUNDA PARTE: VEJER

1.- Proceso en Vejer 1449	155
2.- De nuevo libre	185
3.- Caballero villano	193
4.- Ronda 1451	201
5.- Adalid 1453	211
6.- La judía de Vejer	215
7.- Cerco y asalto a Vejer 1453	225
8.- El tornafuy	233
9.- Sanlúcar	239

10.- El cura de Medina .	243
11.- La mancebía de Jerez .	249
12.- El tropiezo y la querella .	257
13.- El destierro 1457 .	263

### TERCERA PARTE: **BENALUP**

1.- Viaje a Benalup 1457	273
2.- Alcaide en la raya .	277
3.- La homicida en la picota	287
4.- Lucía .	291
5.- La manceba .	293
6.- Maniobras de supervivencia	305
7.- Los justicias del rey	313
8.- El abandono de Benalup .	319

### CUARTA PARTE: **CÁDIZ**

1.- De nuevo en Vejer 1462 .	329
2.- Corsario cristiano	335
3.- Gibraltar 1462 .	341
4.- El final del corsario 1466	351
5.-Comercio y fortuna .	355
6.- Testamento y penitencia 1470	363
7.- Cádiz 1474	367
8.- La sentencia .	377
9.- La picota	383

PRIMERA PARTE

**AZNALMARA**



## CÓRDOBA 1438

Una mañana de la primavera del año de 1438. El bullicio habitual de la Plaza de la Alcaicería de Córdoba cedió a la entrada de un caballero completamente armado, de porte orgulloso, montando un alazán negro de enorme alzada. Le seguían un tambor y varios peones portando los estandartes de Castilla y del conde don Pedro Ponce de León, quinto señor de Marchena y nuevo amo de Arcos, uno de los héroes de Antequera cuyas hazañas en la raya contaban los romanceros. Parado en el medio de la plaza, donde habían formado corrillo dueñas, trileros, vendedores de amuletos, curiosos, ladronzuelos y chiquillos, el caballero empezó a desgranar uno a uno, en un romance extraño pero con voz fuerte y clara, los beneficios que esperaban a quienes quisieran acompañarle:

—Cordobeses, escuchadme. Estad atentos porque nunca recibiréis oferta como esta. Soy don Enrique Yáñez, hidalgo por la gracia de Dios. Dispongo de apoderamiento de mi señor, el conde de Arcos, para reclutar gentes sanas y sin miedo, dispuestas a morar en los despoblados de la Banda Morisca que su majestad don Juan II de Castilla acaba de otorgar en señorío a mi señor don Pedro. —A su señal, el tambor atacó de nuevo su melodía hasta que le mandó parar y continuó hablando:

—Los caballeros que acepten venir conmigo a la frontera recibirán seis yugadas de tierra cultivable, con el compromiso de mantener caballo y armas en estado de guerrear. Los peones recibirán dos yugadas. Todos disfrutarán de libertad de pastos y de caza en los dominios comunales, pues las tierras sin repartir se dejarán para aprovechamiento de todos, como baldíos o dehesas. Habrá también libertad para nombrar alcaldes, alguaciles y jurados de las villas. Por añadidura, los colonos quedarán perdonados de cualquier delito o exceso, excepto de los de traición. No pagarán diezmos, ni portazgos, ni veintena, ni cuarentena, ni alcabala, ni otros pechos. Tampoco satisfarán ningún otro derecho de entrada o salida por las mercancías que compren o vendan. No habrá de pagarse al rey el quinto, ni ningún otro impuesto, por lo que los almogávares y corsarios obtengan de la guerra guereada y de las cabalgadas realizadas contra moros o cristianos enemigos.

ocupaciones, que yo me iré con este puñado de valientes a ganar tierras para vuestros hijos!

Ni lisonjas ni insultos eran suficientes para estimular a los cordobeses. Las generosas franquicias concedidas no bastaban para compensar el riesgo. En Córdoba todos sabían que la vida en la Banda Morisca significaba seguras penalidades, muy probable muerte y sólo incierto beneficio. Allí, si no te mataba el hambre lo hacían los gandules con sus constantes aceifas, en las que los cristianos perdían los bienes, la libertad y con frecuencia la vida. La posibilidad de disponer de tierras propias resultaba atractiva, pero el cordobés menesteroso prefería penurias conocidas y el peso de los pechos reales, al resguardo de las fuertes murallas de la villa, que inseguros medros en las vecindades de los moros. ¿Quién cambiaría la dulzura del pasar de las estaciones en el bien guarnecido valle del Guadalquivir por las agrestes soledades de la frontera serrana?

La pregunta encontraba en la pujante hombría de Pedro una resonancia viva que sentía como nueva pero a la vez propia. Con la natural disposición que halla la tentación en los corazones jóvenes, el muchacho se sintió desde el principio atraído a las promesas del viaje. Sumido en sus dudas, permanecía todavía cerca de los pendones. No le apremiaban, como a otros, motivos para escapar de Córdoba. Su vida allí discurría sin mayores sobresaltos: disponía de comida y techo, y de vez en cuando se las apañaba para sustraer unas monedas del cofre de los monjes para gastarlas en vino, naipes y mujeres en las mancebías del barrio del Potro. Pero no le gustaba el convento donde vivía, ni los frailes que tan pronto perseguían el ascetismo como los placeres de la carne, de forma igualmente compulsiva. Desde su infancia padeció trabajos extenuantes, disciplinas y presión de los monjes para profesar. Él daba largas una y otra vez, no viéndose como clérigo, aunque sabía que no era poco disponer de comida suficiente y de jergón seco, e incluso del privilegio de aprender lo básico de las cuatro reglas. En esas condiciones podía aspirar a una vida modesta pero larga, mientras que la frontera no le ocultaba un seguro riesgo de dificultades y muerte.

No. No era la necesidad lo que causaba dudas a Pedro, sino una vaga ansiedad, un sentimiento –más bien pecado– de insatisfacción y vacío. Y ambición. Sólo en la Banda Morisca podía esperar un mancebo de su condición lograr mudanza beneficiosa. Desde hacía años había visto pasar por Córdoba cientos de caballeros y peones camino de la raya, unos en busca

de enriquecimiento, otros –los más– huyendo de la justicia, y también algún loco inflamado de espíritu de cruzada, persiguiendo un casi seguro martirio, deseoso de servir a Dios en la guerra contra los moros. El muchacho no perdía ocasión de escuchar los romances fronterizos que se cantaban en las plazas, con sus relatos de aventuras y hazañas de cristianos enriquecidos e incluso ennoblecidos por sus logros en la raya, como las del Mío Cid, que prometía a quienes le siguieran: «*Quien quiera dejar cuidados, y enriquecer su caudal, que se venga con el Cid, si gusta de cabalgar*». Otras veces eran hechos heroicos de los adalides de la Banda Morisca, como aquella de Pero Niño, que salió ileso de una lucha con decenas de islamitas. Historias de gentes que vinieron del norte sin nada, para obtener tierras y botines y acabaron comprando incluso su propio caballo, logro tan difícil en la frontera, donde los buenos rocines eran tan apreciados como caros y distintivos de fortuna.

A la memoria de Pedro venían ahora las historias de Gutierre, un aragonés llegado a este reino de zagal y que entonces se dedicaba al oficio de guarnicionero. Casi siempre se encontraba de mal humor y con frecuencia algo más que pasado de vino, pero a Pedro le gustaba quedarse en su tienda a observarle un rato, mientras preparaba los cueros untándolos con grasa, porque sabía que al poco, tras unas poco convincentes protestas por su inoportuna presencia, empezaría a relatar sus correrías de juventud, sin necesidad de pedírselo. Seguramente sólo parte de lo que contaba el aragonés resultaba cierto, pero la viva imaginación de Pedro se lo hacía ver todo con gran realismo: no dudaba que Gutierre había descabezado él solo a siete moros de a pie y que una vez trajo de Antequera tanto botín que hicieron falta tres mulas para transportarlo. No parecía sorprenderle su estado de sólo mediana prosperidad, ni se detenía mucho a pensar dónde se invirtieron los productos de tan exitosas cabalgadas, en qué haciendas, en qué ganados... Pero si el guarnicionero no conservaba bienes, poseía a cambio algo mucho más importante, que es honra y respeto de los demás. Todo el mundo en Córdoba daba por seguro que Gutierre participó en la toma de Antequera. Aún se recuerda la entrada triunfal del infante don Fernando, a la cabeza de una larguísima caravana de cautivos y despojos, el *Te Deum* en la Catedral, los pendones de los granadinos colgados en los antorcheros de los muros de la Mezquita. Sí, para toda la ciudad Gutierre era *el de Antequera* y, como todos los que habían participado en ese hecho insigne, gozaba de fama, honor y buen nombre.

Mas ¿de qué sirve la honra en el Reino de la Verdad, donde todas las deudas se pagan por su verdadero peso? Los pobres no querían halagos, sino pan. Todos en Córdoba conocían bien las historias de muerte y cautiverio, las batallas perdidas. Los poemas también las cantaban, aunque en sordina, como aquella del río Verde, donde los moros aniquilaron a las tropas castellanas, quedando muertos o cautivos incontable número de cristianos, entre ellos el mismo Juan de Saavedra. Pues la muerte en la raya no hacía distinciones entre señor o vasallo. ¿Acaso no la encontró en un virote que le entró por la boca el mismo adelantado de Andalucía, don Diego Gómez de Ribera, cuando intentaba tomar Álora? Si hasta el mismo infante de Castilla, don Pedro, cuando cayó en manos de los musulimes, tras el desastre de la Vega, acabó destripado, relleno de paja y colgado como un monigote de los adarves de la Alhambra... Así que, en medio de la excitación, mucho dudaba Pedro sobre la conveniencia de abandonar la seguridad del convento. Pese a los golpes y los agotadores trabajos que le encomendaban los monjes, en él conseguía pan y cobijo. Pujando con esta certeza, lo que había, bien mirado, era sólo las inseguras promesas de un noble reputado por su carácter colérico y codicioso, del que se contaban hechos terribles de crueldad. Pero ¿y poseer tierras? ¿Y granjearse honores sirviendo a los señores de la raya? ¿No era oferta bastante para seducir a su alma joven y ambiciosa y a su cuerpo fuerte y atrevido?

Ya estaban recogidos los pendones y dispuesta para la marcha la caravana, cuando don Enrique reparó en que el muchacho seguía mirándole fijamente.

—Ven aquí, zagal. ¿Cómo te llamas?

—Pedro, señor, para servirle.

—¿De verdad quieres servirme? ¿A mí, a tu rey y a tu religión? Pues entonces no lo dudes y vente conmigo a la frontera. Eres mozo recio y bien plantado —don Enrique hablaba mientras palpaba los hombros del muchacho—. ¿A qué te dedicas en Córdoba? No me lo digas, da igual. Sea a lo que sea, nunca podrá compararse a lo que te ofrezco. Ven con nosotros a la raya y podrás acabar como acaudalado caballero villano. Muchos lo han logrado. ¿Por qué no puedes ser tú uno de ellos? ¿Quién dice que no? ¿Tú mismo apuestas en tu contra acaso, muchacho? Mira a ese que está allí, el de la gran cicatriz. Apacentaba cerdos en Osuna, mis cerdos. Y un día le dije: Martín, ¿por qué no te vienes conmigo a cabalgar? Ahora otros crían sus cerdos y sus cabras y él me acompaña a mandar moros al infierno. Antes comía de

cuando en cuando y nunca carne. Hoy no le falta el pan y es hombre curtido y de respeto.

Como viera don Enrique que Pedro seguía dudando, se despidió de él diciéndole: —Veo que te falta valor. Es una pena. Lo siento por ti. Pero si cambias de opinión, todavía estarás a tiempo hasta el próximo amanecer. La recua acampa extramuros, en la Puerta de Almodóvar. En cuanto salga el sol saldremos en dirección a Sevilla. Si de verdad eres hombre, te veré mañana. De lo contrario, que Dios te ayude.

Deslumbrado por historias reales y fingidas, empachado de romances, deseoso de fortuna, Pedro pasó la noche en vela. Al final, instigado por su propia voz interior, ansioso de otra vida, que soñaba posible, tomó la determinación de unirse a las filas del conde.

Sin despedirse siquiera de los monjes, se escapó del convento mucho antes del amanecer, en dirección a la Puerta de Almodóvar. Aún hubo de esperar, esclavo de una desconocida inquietud, a que abrieran los portones. Temía que le echaran en falta y mandaran a buscarle. Temía equivocarse. Sentía el peso de su soledad huérfana aplastando su conciencia. Cuando alumbró el nuevo día y pudo salir extramuros, la recua que había ido recorriendo diversas poblaciones del valle del Guadalquivir en busca de colonos estaba ya aparejada y había iniciado la marcha. Pero don Enrique, como si estuviera esperándole, como si hubiera leído en él, se encontraba montado en su caballo con la mirada fija en la puerta por donde, sin pena ni remordimiento ya, como el que es llevado sin saberlo a su ruina, apareció el muchacho a la carrera.

**AZNALMARA 1438-1446**

Componía la tropa un grueso de penados en busca de redención, a los que acompañaban otros despistados que no sabían bien dónde iban. Sólo unos pocos parecían estar allí por propia voluntad, la mayoría de ellos escapando de los cuantiosos impuestos que se veían obligados a pagar en sus villas de realengo, gentes que tomando sus mujeres e hijos huían a lugares de señorío donde al menos por unos años estarían francos de pechos y tributos. Algunos llevaban carretas con sus pocas posesiones, de las que tiraba una mula o ellos mismos; pero casi todos podían llevar sus pertenencias en sus propias manos. También iban unos cuantos infanzones de linaje, vástagos segundones de caballeros y de otros hacendados a los que nada retenía en su tierra natal por carecer de patrimonio propio y de expectativas de lograrlo. A ellos se unieron los habituales parásitos, putas, traficantes, mercenarios y toda una caterva de jugadores y aventureros atraídos por la posibilidad de ganancia. Sin saberlo, juntos constituían una ola más de la antigua marea que impulsaba desde hacía siglos a masas de población del norte al sur de la península, pasando primero de las Asturias y Galicia a Castilla y a León, después a las Extremaduras, de éstas a las Andalucías y ahora del Guadalquivir a la Banda Morisca. Como sus antepasados, iban a constituir una muralla de hombres con los que proteger la frontera, pues eran los hombres y no las piedras los que defendían a los reinos cristianos españoles del acoso africano.

Tras un largo viaje por las vegas del Guadalquivir llegaron una noche a Arcos, arrogantemente alzada en un risco que el Guadalete abrazaba hasta casi convertirlo en isla. Como las puertas de la ciudad se cerraban a la puesta del sol, los viajeros debieron acampar a la espera de que con la nueva luz les franquearan el paso.

Pero al día siguiente tampoco entraron en la ciudad, cuyos portones seguían cerrados, sino que se quedaron abajo, en las vegas del río. Mucho se extrañaron del recibimiento, pero pronto se supo en la caravana que los vecinos de Arcos no querían bien al conde. Hasta hacía poco, la villa pertenecía al realengo y sólo ante el rey respondían los vecinos y su concejo. Su

reciente entrega en señorío pleno al dueño de Marchena no la aceptaban de buen grado unos hombres que llevaban varias generaciones en la frontera, que la habían regado con su sangre, que habían ido arrancando cada terruño a los moros, que habían visto arrasadas sus cosechas y los ganados menguados una y otra vez, y que frente a todo habían perseverado.

La espera en las afueras de Arcos se prolongó varias semanas. Según se decía, el propio rey había prohibido al conde emplear la fuerza para tomar posesión de la villa, mandándole disolver la partida de gente de que se acompañó para ejecutar su derecho, lo que condujo a tediosas negociaciones que parecían no acabar nunca. Precisamente por aquellas fechas, en Arcos se esperaba la llegada desde Sevilla del lugarteniente del alguacil mayor sevillano, con mandato del concejo hispalense para dar posesión de la villa a su nuevo amo, pues los vecinos de Arcos seguían impidiendo la entrada en la villa al personero del conde.

Estando acampado allí Pedro junto con el resto de la caravana reclutada por don Enrique, debió alcanzarse algún acuerdo y hubo movimiento en la recua. Algunos de los colonos, los más experimentados en faenas agrícolas, quedaron en Arcos y recibieron lotes de tierras calmas de cereal en las riberas del Guadalete, el caudaloso río que iba a morir al gran océano que Pedro nunca había visto. También rindieron viaje los que tenían oficios más útiles, y pasaron a morar en la villa los talabarteros, tundidores, zurradores, esparteros, espadadores y albarderos. Otros afortunados se comprometieron en casamiento con algunas de las muchas viudas que la guerra permanente con los moros dejaba, necesitadas de brazos para sacar adelante su hacienda. Los más viejos corrieron suertes diversas. Algunos fueron a parar a otros dominios del conde, en la costa del océano, en las villas de Rota y Chipiona, donde muchos penados iban a saldar sus cuentas trabajando en las almadras. Por último, quedaron a las afueras de Arcos sólo unos cuantos, la mayoría mancebos soldaderos y solteros, pendientes de saber su destino último, noticia que les llegó de la mano del propio don Enrique.

—Venid aquí zagales, acercaos y escuchadme todos. ¡Alegraos, pues hoy la ventura ha venido a visitaros! El conde ha ordenado que recibáis grandes lotes de tierra que ni siquiera habréis de trabajar, pues dispondréis de criados y esclavos que labrarán por vosotros... —Gran contento causaron estas palabras entre el mocerío de la caravana, que con sus vítores interrumpió a don Enrique. Sin embargo, Pedro ya se maliciaba algo raro, pues mucha merced le parecía esa para tan poco merecimiento. En su inconsciencia, se atrevió a preguntar a don Enrique por la razón de tanta generosidad,

siendo ellos los más bisoños y menos corridos. Tras unos instantes, en los que el caballero parecía no saber si golpear a Pedro o responder a su pregunta, don Enrique extendió su mano hacia el este, hacia tierra de moros, donde unas montañas envueltas en un manto intensamente verde se alzaban al alcance de la vista a modo de muralla, y con rudeza contenida explicó el motivo de la merced:

—Sabed, insensatos, que se os concede una gracia que no merecéis. Por suerte, vuestros lotes de tierra se encuentran en el extremo oriental de los dominios del conde, en la misma raya, zona de mucho riesgo. Por eso, al principio, no habréis de plantar panes, que el conde se encargará de vuestro abastecimiento y manutención. Recibiréis también pagas mensuales por vuestra permanencia en la raya, pues formaréis parte de la guarnición de Aznalmara. Como únicos cometidos tendréis el ejercicio de las armas, la defensa, la vigilancia de los caminos fronteros y el mantenimiento de ahumadas y atalayas. Los caballeros recibirán a cambio noventa maravedíes, treinta los ballesteros y peones, a los que habrán de sumarse las demasías entregadas a las personas que cumplan quehaceres como las velas, las rondas y otros trabajos. Mientras Aznalmara sea la guarda oriental de los dominios del conde, seguiréis gozando de estos beneficios y si un día, Dios lo quiera, el conde extiende sus dominios hacia el este, en terreno arrebatado a los nazaríes, podréis permanecer en la villa, disfrutando de vuestras bien ganadas fincas y de los frutos de las cabalgadas que haremos en tierras de moros. Y otros irán entonces a guarnicionar la nueva raya, que vosotros habréis cumplido vuestro cometido y sólo tendréis que acudir al combate cuando el conde convoque a la hueste, según el fuero y la costumbre.

No quedó Pedro muy satisfecho con la explicación del adalid. Prefería permanecer en Arcos, como le fue prometido, y recibir fincas de labor. No poca inquietud le causaba el hecho de que todos los penados de la recua se afincaran en Aznalmara. No hacía falta mucho seso para deducir que en esa coyuntura el puesto que les habían asignado tenía más de castigo que de merced. Pero no se atrevió a protestar; a lo largo de las últimas semanas, durante el largo viaje desde Córdoba, había visto cómo se las gastaba don Enrique y estaba más que seguro de que nada lograría con sus reclamaciones. Todo lo más, la pérdida de algunos dientes o algún otro descalabro. Resultaba más prudente conformarse y ver qué le deparaba la fortuna, aunque el aire empezaba a faltarle en el pecho y sus piernas se aflojaban cuando volvía la vista a las montañas tan cercanas y pensaba que esas espesuras rebosaban de moros dispuestos a degollarle al primer descuido.



Por fin, llegó el día de partir hacia el este, rumbo al despoblado de Aznalmara, a poco más de ocho leguas de Arcos, y allí se encaminó la gente que el señor de Marchena mandó para poblarlo, cincuenta peones y diez de a caballo. A la cabeza los caballeros con sus monturas, después las acémilas con las albardas cargadas de las provisiones, los aperos y las armas. Los gañanes a pie, cargados de fardos, pues no cabe pensar en usar carretas por los carriles serranos. Les seguían unos cuantos mercaderes y traficantes, que yendo encaminados a Ronda, preferían atravesar los desiertos en compañía de gente armada, pues pocos se arriesgan a transportar mercancías sin escolta por esas comarcas yermas, casi siempre aplastadas por un sol enfurecido, tierras donde no regían las leyes de los hombres ni las de Dios.

Saliendo de Arcos, se extendían durante unas pocas leguas las llanuras suavemente onduladas próximas a los ríos Guadalete y Majaceite, ancestrales vías de entrada para las huestes cristianas en tierras de moros desde los tiempos del rey Fernando III. En los campos de trigo, les saludaban los confiados gañanes que recogían la cosecha, como sumergidos en un mar de oro mecido ligeramente por el viento

Pero pronto el terreno empezaba a empinarse. Acabaron los campos de panes y cruzaron por pastos y arboledas interminables. Cuando atravesaban un calvero, quedaba a la vista, cada vez más cerca, la compacta mole de la serranía donde pululaban los gandules a sus anchas. Desde la época del gran rey Fernando, la frontera en esta zona no se había movido: los cristianos en el llano, los moros en la sierra. Aunque buena parte de las vegas las talaron repetidamente nazaries y castellanos, quedaban todavía algunas manchas de viñas donde los sarmientos poco cuidados se retorcían caprichosamente como sierpes alrededor de sus estacas. Tierra de lluvias abundantes, de pastos inagotables arduamente arrebatados a la espesura, bien aguados además por cientos de regatos que desde los cerros cercanos buscaban el gran río, aunque no era zona muy fértil, por lo que los fronteros se dedicaban sobre todo a la ganadería.

Su camino, sin embargo, seguía. Conforme se ganaba altura, el paisaje empezaba a cambiar. Las alquerías se espaciaban más y más hasta llegar a un completo despoblado de campos baldíos, salpicado tan sólo por algunas aldeas en ruinas, cuyos restos calcinados, como desnudas sepulturas, ofrecían mudo testimonio de la proximidad de la raya. Estos solares estuvieron antaño habitados, pero las guerras acabaron lo que la sequía, la falta de pan y las pestes empezaron, muriendo muchos de sus habitantes y huyendo los demás a las haciendas del valle del Guadalquivir y aún más al norte, a los

reinos de donde vinieron sus antepasados en tiempos antiguos. Después de varios años de cosechas que no daban ni las simientes, dejaron de sembrarse panes por estos terrenos, ya sólo útiles para pastos.

Y en las mismas faldas de la sierra, hasta los pastos desaparecían para ceder terreno a la selva más espesa, una maraña de encinas, pinsapos, algarrobos, quejigos y pinos, eternamente verde, donde el sol nunca penetraba. Al final del trayecto recorrido por la recua, donde nacían los ríos que regaban la llanada, rodeada de montes que se alzaban sobre los estrechos valles como olas de un mar encrespado, se encontraba la tierra de los moros serranos. Caminando por los lechos secos de los arroyos, la expedición se adentró en la espesura hasta vencer un puerto, y quedó entonces a la vista un valle de denso bosque, perforado en su centro por un cerro, y éste rematado por un castillo, rodeado en sus dos mitades por el naciente río Tavizna.

Desde el bosque, mil ruidos inquietantes y desconocidos llenaron de aprensión a los recién llegados. Aznalmara no resultó tan grande como Pedro esperaba; apenas una aldehuela con unas docenas de casas, muchas de ellas de simple barro y paja, aunque bien defendida por muralla de pura piedra, levantada mirando al suroeste sobre la falda de una empinada colina, en medio de un valle rodeado de altas montañas que parecían querer tragarse a la villa. Dentro de la cerca, los numerosos solares vacíos mostraban que la población conoció tiempos mejores, mientras permaneció en manos de los moros, que la perdieron en 1410, durante las campañas del infante don Fernando. Don Enrique les contó durante el camino los pormenores de aquellas jornadas: los soldados de la cruz asediaron la villa durante meses, pero los mahometanos no aceptaron capitulación alguna, por lo que debieron ganar la muralla al asalto y acabar con la mayor parte de los habitantes, que opusieron feroz resistencia. Los supervivientes acabaron vendidos como esclavos. La villa quedó al final despoblada, en tierra de nadie, en la misma linde con el enemigo, hasta que el rey encomendó al conde, don Pedro Ponce de León, su poblamiento y defensa.

El nuevo señor pronto dejó sentir su mano en la raya. Pocos años después de la adquisición de la villa, el conde infligió una severa derrota a los moros de Ibn Ozmín entre el Cerro Mulera y Los Bujeos. Fruto de sus victorias, la villa de Aznalmara era su sello en la raya, la vida renovada tras la devastación. Se mandó reparar las murallas, consagrar la antigua mezquita y bastecer el alcázar de gentes, vituallas y armas. A ello vino Pedro, con don Enrique y su hueste.

Pero ni las victorias recientes ni la reputada ferocidad del nuevo amo volvían fácil la defensa de la plaza, dada la proximidad de las villas moras. La potente Cardela estaba tan sólo a tres leguas, la misma distancia que separaba Aznalmara de la fortaleza cristiana más cercana, el castillo de Matrera, perteneciente al concejo de Sevilla. A cinco leguas se encontraban Benaocaz y las aldeas de la Manga, y poco más lejos Zagrazalema: el centro de la almogavaría musulmana. Aznalmara era una cuña expuesta, aislada y rodeada en sus tres cuartas partes por tierra de enemigos: nada se veía desde los muros de Aznalmara que no formara parte de la serranía nazarí. Las sospechas que Pedro venía incubando desde la partida de Arcos se vieron ahora confirmadas: nadie en sano y acertado juicio acudía a poblar esta ratonera por voluntad propia. Gran error había traído a Pedro aquí, a formar parte de una cuadrilla de penados que sólo a cambio de redención aceptaban afin-carse en estas selvas, buenas para casi nada, junto a otros pocos insensatos como él, que por su mocedad y mala cabeza habían caído en aquella trampa mortal.

En el mismo momento de la llegada hubiera querido Pedro dar marcha a atrás y volver al lugar de partida. Le pareció entonces deliciosa la vida en el convento. La compañía de los frailes y Córdoba se le antojaba el jardín del edén en comparación con la lúgubre fronda que ahora le rodeaba. Pero cualquier intento de huida quedaba descartado de antemano, bien lo dejó claro el alcaide en la arenga que dirigió a los colonos nada más llegar:

—Ahora somos la guarnición de Aznalmara, el valor y el cumplimiento del deber se recompensarán con haciendas, ganados y cautivos, la huida será penada con la muerte. No se tolerarán las pendencias ni los robos. Las insubordinaciones se castigarán con la horca. Durante tres años y un día os habéis comprometido a permanecer aquí, guardando esta villa, y ni uno menos cumpliréis, que ya me guardaré yo de ello. Después seréis libres de partir. Mientras tanto, gozaréis del privilegio de que el conde os alimente. Desde Arcos nos enviarán periódicamente una recua con trigo, centeno y cebada, y recibiréis la soldada pactada, con total franquicia de impuestos; a cambio, habréis de velar armas constantemente y cuidar de las labores de atalayaje y aviso y refugio para prevenir y rechazar ataques de los moros contra Arcos y su alfoz. De ahora en adelante, y mientras dure vuestra permanencia en esta plaza o el conde ordene que cambien las circunstancias, considerad la guerra como vuestro único oficio. Habréis de cumplir las órdenes que yo imparta relativas a guardas y ejercicios. Y, sobre todo, deberéis velar para que las armas permanezcan siempre en el mejor estado. Se os

proporcionará a cada uno casquete, escudo y puñal. Además, después de unos días y para probar vuestras habilidades, se os entregará espada, lanza, azagaya o ballesta. A los más fieros y a los que demuestren mayor pericia y valía militar, se les entregará incluso una loriga de malla y una cofia de cuero. Recordad que esas armas no os pertenecen, pero responderéis de ellas con la vida. ¡Ay de quién las pierda o estropee; tendrá tiempo de arrepentirse y, cuando acabe con él, deseará hallarse en Ronda acarreado aguas! Nunca olvidéis que, ahí mismo, detrás de ese monte, se encuentra el enemigo y el botín. Allí deberemos buscar la riqueza o el honor de una muerte cristiana, batallando contra los enemigos de Cristo.

La aspiración a una vida serena y gozosa de Pedro quedó encerrada en una cárcel de piedra y brezales, celosamente guardada por moros serranos siempre acechantes, una jaula donde los jamelgos de poco servían en medio de tantas cuevas y pendientes empinadas. El bosque, al menos, rebosaba de caza, castañas, bellotas y setas. Con frecuencia disponían de carne de venado, conejo o jabalí, así que el hambre no habría de preocuparles mientras llegaran periódicamente de Arcos los panes y vinos prometidos para el sustento de la guarnición.

Pese a lo pugnaz que resultó la ofensiva para arrebatarse Aznalmara a los islamitas, dentro de la cerca aún quedaban casas en buen estado, incluso con techos tejados, más que suficientes para que se instalaran todos los caballeros y algunos de los peones. En el alcázar de la fortaleza permanecían en uso asimismo algunas habitaciones señoriales, bellamente decoradas con yesos y estucos, con figuras vegetales y frases escritas en la sinuosa escritura de los moros que nadie sabía leer y que don Enrique, que fue quien ocupó las estancias, mandó eliminar. Los demás tuvieron que conformarse con las construcciones de extramuros, derruidas en su mayor parte y muy deterioradas por la humedad y las malas hierbas. Pedro tampoco tuvo en esto suerte: le adjudicaron una de las chozas casi completamente demolidas del exterior. Como los demás desafortunados, hubo de usar de la abundancia de piedras y maderos para habilitarse allí una tosca vivienda de una sola estancia, con escasa ventilación, pues sólo contaba con una abertura exterior que hacía las veces de puerta.

Una vez asignadas las viviendas, se repartieron hazas de huerta en las riberas del río próximas a la fortaleza, que era poca tierra cultivable porque a menos de un cuarto de legua del muro el bosque ya se espesaba hasta ocultar casi completamente la luz del sol. La rica tierra de panes quedaba muy atrás,

hacia Arcos, al menos a cuatro leguas, donde el terreno dejaba de ser roca pura.

En el sosiego relativo que se disfrutó al principio, fueron pocos los disturbios. Los ganados prosperaban y la caza y la leña abundaban. Pese a la aspereza del entorno, al aislamiento y a los peligros, la vida en Aznalmará permitió algunos acontecimientos felices. Desde el valle llegaron nuevos pobladores, entre ellos algunas mujeres solteras y viudas para emparejarse con los solteros de la primera hora.

Pedro casó con Ana Díaz, una viuda de Arcos, mujer mucho mayor que él, arisca pero fuerte, todavía de buena figura, aunque ya hacía tiempo que había pasado la época de su lozanía. Aunque nada se les había dicho en Córdoba, don Enrique decretó que los repobladores estaban obligados a casarse como requisito para recibir las tierras y soldadas prometidas. No es que a Pedro le importara, pues a los mozos primerizos cualquier hembra les vale para solazarse, pero hubiera preferido una moza de su edad. Sin embargo, las muchachas cristianas en flor escaseaban y se reservaban para hombres de más alta condición: caballeros, escuderos o, al menos, hombres más ricos y corridos. En las villas más próximas a la raya abundaban tanto las viudas, que señores y alcaides presionaban para que todos se casaran cuanto antes, sin importar las diferencias de edad entre los cónyuges. La vida en esas regiones era tan dura que no resultaba raro que algunas mujeres pasaran por terceras, cuartas y hasta quintas nupcias, al ir muriendo de hambre, peste, guerra o cautiverio sus sucesivos maridos. Mientras la hembra conservaba su fertilidad, era valiosa. Sin embargo, pasada la sazón, ya a nadie interesaba lo que ocurriera con ellas y las más de las veces las ajadas viudas, salvo que tuvieran hijos honradores de sus mayores, como mandaba la ley de Dios y la de los hombres, malvivían de la caridad durante sus últimos años sobre la tierra.

Tan mancebo todavía que apenas le apuntaban las barbas, Pedro trataba a Ana Díaz más como a una hermana o a una madre que como a una esposa, aunque no por ello dejó de engendrarle un hijo, pues parir era la principal obligación de las hembras de la raya. Casi de repente, el muchacho se encontró marido y padre de un hijo varón, bien afincado, dueño de unas hazas de huerta y unas pocas bestias. Pero Ana Díaz, hembra obtusa, muy preocupada por su aspecto, que consumía infructuosamente buena parte de su caudal en ungüentos y pócmas para mantenerse joven, era la verdadera ama de la hacienda y Pedro más su lacayo que su marido. Siempre quejosa, reclamaba con insistencia que se trasladaran intramuros, a una casa de pie-

dra, pues consideraba la choza que con tanto cuidado había habilitado el muchacho, poco más que una pocilga, impropia de seres humanos.

A pesar de los miedos iniciales, de la desdeñosa frialdad de su esposa y de la ferocidad de don Enrique, pronto empezó a gustarle a Pedro su vida en Aznalmara y, sobre todo, su nuevo oficio, pues toda su tarea durante el día, aparte de cuidar de su lote de huerta y de sus cabras y gallinas, consistía en ejercitarse en la ballesta, con la que pronto alcanzó destreza notable. Tuvo en ese cometido un excelente maestro, quizás el mejor, Martín Espartero, que llevaba toda la vida en la raya. Él le enseñó la regla de oro del oficio: «*sé de ballesta porque continuamente la llevo conmigo y tiro con ella*». Martín entrenó a varios de los recién llegados, los de mejor seso, hasta convertirlos en buenos hombres de pelea, conocedores de la ballesta y de otras armas ligeras, pero de entre todos Pedro demostró la mayor pericia, hasta el punto de que, al morir Martín de calenturas, en lo más recio de su segundo invierno en Aznalmara, el alcaide don Enrique dispuso que él siguiera entrenando a los demás neófitos, con nombramiento de sargento de ballesteros y aumento de su soldada.

La semilla de su ambición natural alimentaba su talento y su disposición interior. Aprendió también el muchacho a montar ballestas y a repararlas, lo que le valió las correspondientes demasías de sueldo; en la frontera se precisaba mantener siempre a punto la ballestería y los sucesivos maestros ballesteros que enviaban desde Arcos desertaron uno tras otro, con lo cual Aznalmara padecía siempre necesidad de esta pericia, porque las ballestas, con su mucho uso en la caza y los entrenamientos, se quebraban y descuajaringaban con frecuencia, debiendo adobarse de nuevo. Al cabo, en lugar de mandar maestros ballesteros, la recua enviada desde Arcos sólo incorporaba las cureñas, los brazos y los rollos de las ballestas, que Pedro se encargaba de montar y afinar en Aznalmara, poniendo sus cuerdas y avanzuerdas. A sus dieciséis años, Pedro quedó al cargo de los diez ballesteros de la guarnición, a los que se encargó de formar y perfeccionar enseñándoles lo básico del oficio: no tener la cuerda de la ballesta tensa más tiempo del imprescindible, llevarla en bandolera cuando se corre por el campo, apuntar y a apretar el gatillo, reparar ballestas y empendolar virotes y cuadrillos. Por su fina puntería, a Pedro se le encomendó también como trabajo salir de caza, haciendo de balletero de montería, por lo que pasaba la mayor parte de los días solo, o con el alcaide, gran aficionado a este arte y muy perito en él. Rara vez regresaba sin un corzo o un jabalí, además de gran número de aves comestibles, que también proliferaban.

Pese al miedo constante, la mala vida que le daba Ana Díaz y los malos comienzos, al poco tiempo Pedro, un alma inquieta para bien y para mal, se acostumbró a su suerte y Aznalmara acabó por parecerle un buen lugar para vivir. Al menos durante unos años: el tiempo que duró la tregua con Granada, cuando los reyes y señores moros y cristianos de ambos lados de la raya pusieron algún empeño en evitar los saqueos y hostilidades, aunque sin demasiado énfasis, porque en la raya no siempre resulta fácil saber cuándo operan paces y cuándo contienda declarada. En la Banda Morisca casi todos hacen la guerra por su cuenta, sin parar mientes en nada ni nadie, y los más ni siquiera se enteran de los acuerdos establecidos entre los grandes. Para los señores fronteros, la paz y la guerra no son asuntos de estado, sino negocios particulares que se resuelven conforme a sus intereses privados y a su libre determinación, sin reparar en acuerdos de príncipes. Cuando conviene a ambas partes, los caudillos se reúnen para pactar treguas, o bien hostilidades sólo limitadas. Y en verdad hubo un tiempo en que en la raya se disfrutó de bastante tranquilidad y los vecinos de Aznalmara pudieron andar con relativa seguridad por los alrededores de la fortaleza y traficar con los moros de Zagrazalema y Archite, pese a que el comercio de muchos bienes estuviera prohibido. Y también los rondeños se conformaron con esta situación y se esforzaron por prolongarla; incluso ahorcaron a un moro de Benaocaz que no guardaba las paces y robaba a los de Aznalmara.

Puntualmente llegaba la recua de Arcos y proveía de lo necesario para el mantenimiento de la fortaleza: trigo, avena y cebada, tocinos, tinajas de vino, aceite, miel y vinagre, algún queso, sal, garbanzos, habas e incluso alguna carga de pescado en salazón. En esos días se festejaba en el comedor común que don Enrique había mandado habilitar en el alcázar, donde reunía a su camarilla para dar cuenta de un puchero de olla podrida que regaban con gran profusión de vino, a la luz de la fogata que se armaba en el hogar ennegrecido.

Y cuando el siempre frágil tiempo de paz comenzaba a prometer cierta prosperidad, el recio aire de la raya arreció con su atavismo inexorable. Desde que hubo certeza en la frontera de que habían vencido las treguas se hizo continua la guerra y no hubo un año sin correrías de moros, que en esos tiempos anduvieron muy envalentonados y hasta se atrevieron a saquear en las cercanías de Sevilla y Écija, llegando a entrar en los arrabales de Utrera. Las razias de los islamitas se producían siempre de la misma manera: solían llegar al amanecer, desde Ronda. Amparados por la oscuridad, dejaban los caballos bien lejos del pueblo y, a pie, tomaban posiciones en las calles prin-

cipales. Una por una, iban tomando las casas en el mayor silencio, matando o amordazando a los habitantes, hasta que se daba la voz de alarma y los cristianos hacían frente a los atacantes. Si éstos eran pocos, salían huyendo de inmediato, llevándose lo que podían de bienes muebles y cautivos, que con frecuencia morían despeñados o matados por los propios moros, que preferían degollarlos antes que perderlos. En cambio, cuando la partida disponía de fuerzas considerables, los castellanos debían acogerse al amparo de la fortaleza y esperar a que los moros quemaran, arrasaran y se llevaran todo lo que pudieran. Así fue como perdió Pedro a su primera mujer y a su hijo sin destetar, al poco de cumplir el año de casado. Si siguen vivos, deben sufrir cautiverio en algún lugar de Granada o en tierras de Berbería. Nada pudo hacerse por evitarlo. El día de su captura, Pedro se encontraba con don Enrique siguiendo la pista de un oso en lo más espeso del bosque, en el curso alto del Majaceite, y para cuando volvieron a Aznalmara, ya el fugaz asalto había concluido. Por esos días, una poderosa hueste mora, de al menos cien jinetes y trescientos peones, se adentró en el valle del Guadalete, sorprendiendo y cautivando a sus habitantes y talando los panes y las viñas; a la vuelta, parte de la hueste pasó por las cercanías de Aznalmara y cuando los saqueadores repararon en lo menguado de la guarnición de la villa, atacaron sin dudar. La mayoría de los habitantes pudo acogerse al amparo de la fortaleza, salvando así la vida, pero otros fueron sorprendidos en sus faenas lejos de los muros: se llevaron a quince vecinos y numerosos ganados, y quemaron todas las casas de extramuros. Pese a que de inmediato se entabló persecución, no hubo manera de localizarlos, que bien peritos son los ronderos en los peñascosos senderos de las sierras que bordean el Guadiaro; una vez que ganan la altura, resulta imposible seguir su rastro, y si se les encuentra, plantan cara con mucho peligro. Dios da y Dios quita según Su Voluntad; sin pedírselo le dio mujer e hijo y sin pedírselo se los llevó en tan brevísimo plazo que apenas pudo Pedro aficionarse a ellos, rostros borrados ya casi en su memoria, en la que sólo permanecía ya el vestigio del dolor y del vacío extraño que le quedó, mezclado con la impotencia por no haber podido protegerlos ni rescatarlos.

Pero en la convulsa vida de la raya no caben duelos prolongados. Durante el periodo infausto que siguió al fin de las paces, la vecindad de los moros y su creciente hostilidad impedía la atención a los ganados, que inevitablemente se fueron perdiendo: no se salía un paso desde la fortaleza donde no se encontrasen enemigos en las heredades y en las veredas. Mostraban tal atrevimiento y crueldad, que a veces jugaban a tirar con la ballesta contra



los cristianos, si no se los podían llevar o estimaban en poco su valor. Las actividades cotidianas tenían que realizarse en estado de alerta permanente ante el temor de un ataque. Todo el mundo debía salir de la villa armado y acompañado de mucha gente y no se podía llevar las bestias a herbajar sin grave riesgo de perderse y perderlas, aun defendiéndolas a punta de lanza, por lo que sólo lograron conservar las que comían de lo producido en las cercanías de la fortaleza: unas pocas cabras y algún cochino. Tampoco conseguían atender a otras actividades que no fueran las continuas guardas y atalayas, las velas y rondas, por lo que las huertas quedaron abandonadas y hubo que depender todavía más de los abastecimientos que llegaban desde Arcos con la recua. La caza resultaba cada día más arriesgada: no pocas veces salió de la fortaleza algún mozo para tender lazos y trampas y no se le volvió a ver, por lo que el alcaide prohibió las cuadrillas de caza menores de cinco hombres convenientemente armados. En medio de tanta amenaza, la villa perdió casi completamente su arrabal y el común de los vecinos que quedaron con vida se acogieron al reparo de la fortaleza, construyendo casas y chozas incluso en la plaza de armas.

Mas la fortuna en la raya es tornadiza y escapa a cualquier previsión. Poco tiempo tuvo que esperar Pedro para resarcirse y verter contra los moros la rabia acumulada por la pérdida de sus bienes y de su familia, pues en la siguiente primavera fueron los hombres de la hueste del conde los que entraron en son de cabalgada por el valle del Guadiaro, llegando hasta el Mediterráneo, en las cercanías de Gibraltar. Veinte hombres a caballo y cien peones, bien equipados, que arrasaron no menos de treinta aldeas y alquerías. Volvieron al pueblo con vacas y cabras, algo de oro granadino, mujeres parideras y niños capaces de andar que se vendieron en Arcos a buen precio. Todas las hembras menos una, que correspondió a Pedro por méritos de guerra y que tomó como esclava, sirvienta y manceba.

Nunca supo su verdadero nombre, porque poco hablaba, tan sólo los mensajes imprescindibles para la vida en común. Pedro la llamó Juana, aunque ella nunca contestaba a ese nombre, ni decía ni una palabra en romance, pues ni una vez consintió en pronunciar los sonidos de la lengua de su amo, pese a entenderla correctamente: lo que tenía que decir, lo expresaba en árabe, con lo que Pedro a la fuerza acabó adquiriendo algunas nociones básicas de esta lengua. Por lo demás, desempeñaba bien sus obligaciones. Nunca permanecía ociosa: particularmente cumplida y mañosa en la huerta, sabía hacer fructificar todo tipo de semillas, consiguiendo para el sustento común grandes cantidades de garbanzos, berenjenas y habas. Secaba frutas

a la manera granadina, rociándolas con miel aguada tras haberles practicado una hendidura y después curándolas al sol; ya adobadas, las guardaba en escondrijos secos y oscuros, a los que recurría en épocas de escasez, por lo que Pedro no pasó hambre en los malos tiempos, cuando hasta el alcaide ayunaba a la fuerza. También plantó lino, con los que se fabricaba sus propias túnicas. Para moler el trigo siempre recurría al tosco molino de mano que tenían en la casa y, pese a ello, la harina le salía muy fina y el pan excelente, pues lo amasaba con cuidado y reverencia, mientras canturreaba repetitiva y quejumbrosamente en su jerga, en voz baja, como para sí misma. Y no amanecía una mañana sin que estuviera el fuego ya encendido cuando Pedro abría los ojos. Tanta afición le tomo Pedro, que acabó por casarse con ella, con lo que quedó libre. Y ella, pese a su carácter triste y arisco y a su nula palabrería, parecía también medianamente contenta con su suerte, aunque nunca renegó formalmente de su herejía, para escándalo del cura de la villa, que de mala gana autorizó el matrimonio, dando por supuesta la conversión de la mujer. Pese a las peticiones, los golpes y las órdenes de Pedro, Juana no dejaba de decir sus oraciones en árabe, sus *Bizmila*, *Fatiha* y el *Andulila*; pero al menos consiguió que rezara a escondidas, tratando de evitar las iras del cura o de los vecinos de la villa. Estos no veían con buenos ojos la presencia de una mora no esclava ya, pero recalcitrante, en una plaza en el mismo borde de la raya, donde todo moro podía acabar espionando para el enemigo. Por eso decidió afincarse con ella de nuevo extramuros, donde estaba renaciendo el arrabal, lejos de miradas indiscretas. Allí logró rehacer su vida y, en este extraño equilibrio de interés y supervivencia, Pedro volvió a tener hijos, dos, un varón y una hembra, en poco más de dos años. Su antigua choza, reconstruida y ampliada, podía ya considerarse un hogar, y el niño expósito, el muchacho que salió un día sin nada de Córdoba, logró disfrutar, por primera vez, de algo parecido a una familia.

**EL SITIO DE AZNALMARA 1446**

A Pedro aún le quedaban unas horas más de gélida espera hasta que llegara alguien a relevarle, al amanecer. Lo sabía por el brillo arrogante de las constelaciones que se dibujaban en el cielo nocturno y por el silencio impenetrable que reinaba en la espesura. Sus muchas vigiliass le habían enseñado a medir el tiempo con habilidad animal. El viento que soplaba del norte traía las fragancias familiares y apacibles de una noche invernal: a hoguera, tierra mojada y estiércol. Pero nada indicaba que las tropas del conde de Arcos se dirigieran a levantar el sitio de Aznalmara. De lo contrario, algunos destellos se hubieran visto hacia poniente, por el curso bajo del Tavizna. Dentro de la fortaleza reinaba la quietud propia de la desesperación, el sueño aturdido del hambre antigua. Nadie confiaba ya en la llegada de un socorro después de tantos días de vana espera y los sitiados se encomendaban a Dios, sabedores de lo que les esperaba.

Quedaban sólo diez personas con vida en el alcázar, reducidas al estado de esqueletos. Agotado el grano en los primeros días del cerco, pese a los severos racionamientos impuestos, hubo entonces que comer las carnes de los escasos jamelgos y asnos disponibles en la fortaleza y, cuando estas se acabaron, se recurrió al consumo de cualquier objeto masticable y también de carnes impropias del género humano, como ratas y murciélagos. Esto no bastó y los sitiados fueron sucumbiendo ante las penalidades. Primero murieron los niños y los ancianos, presas fáciles del frío y del hambre. Cinco mozos trataron de escapar por un surtidero en una noche sin luna, pero los capturaron los sitiadores y uno de ellos acabó torturado a la vista de los baluartes, para escarmiento. Un día entero tardó en morir; sus gritos se fueron apagando hasta acabar en un lamento sordo, casi un hipido. Don Enrique trató de alcanzarle con su mejor ballesta. Sin embargo, los moros calcularon bien la distancia y los virotos morían a los pies del moribundo, entre las risas y los abucheos de los sitiadores. Después las fiebres, alferecías y el flujo de vientre se llevaron a muchos otros, más que las flechas o las azconas. Los últimos murieron esa misma mañana entre delirios y estertores. Ya no quedaba agua en los aljibes, ni comida alguna para los supervivientes, que

empeoraban su suerte con el consumo de aguas impuras. Pedro sabía que en tan lamentable estado seguramente casi todos ellos acabarían muriendo en las horas siguientes, pasara lo que pasara.

Siete semanas llevaban los islamitas a los pies de la fortaleza, donde todos los habitantes de Aznalmara que pudieron se refugiaron el día del asalto al oír el toque a rebato de la campana, que se dio tarde, cuando ya resonaba por doquier la algazara de los atacantes. Vinieron de amanecida, como siempre. No se esperaba un ataque tan avanzado el invierno y mucho menos en noche de luna llena. Las alertas y atalayas andaban descuidadas y casi vacíos los silos y aljibes del castillo: nadie vigilaba el puerto alto del Boyar, por el que puede llegarse a Zagrazalema en pocas horas de fuerte subida. Los guardas vigilaban el paso habitual, el que permite alcanzar el valle del Guadalete desde Benaocaz, o directamente desde Ronda siguiendo una antigua calzada romana que discurre a los pies de la fortaleza de Cardela, primer bastión de los rondeños en la frontera. Pero los moros vinieron a pie por el puerto alto, con apenas unos pocos mulos de carga portando la impedimenta mínima y escasa munición de boca: sólo las armas y el aparejo propio de las razias. Confiaban en saciarse con lo robado. Y bien que lo hicieron, aunque no tanto como esperaban y su rabia delataba. Rabia por el esfuerzo desplegado y las muchas penalidades, poco menores que las de los sitiados. Por eso nadie en la fortaleza podía esperar compasión, quizás ya ni siquiera un acuerdo que permitiera al menos conservar la vida como esclavos, en espera de un improbable rescate o merced divina. Sitiadores y sitiados compartían hambre y calamidades, pues las fiebres habían barrido ambos lados de los muros. Los días pasados se oyeron cantos, rezos y lamentos en su guirigay, que los sabedores de la lengua árabe identificaron como versículos de su libro sagrado. El rumor subía desde los apostaderos de los moros, que habían habilitado una tosca mezquita entre las paredes en ruinas de la iglesia Mayor, el único templo que medio quedaba en pie, porque los moros habían echado completamente abajo la otra iglesia de la villa, la nueva, poco más que una ermita, recién construida en el camino que va a Arcos, el camino por donde debería aparecer la salvación y que seguía desierto.

Cuando se hacía el silencio, Pedro llenaba el tiempo de sus vigiliass volviendo sobre los detalles del combate. Todo fue tan rápido que no hubo tiempo ni de mandar troteros a Arcos o a Matrera para avisar del ataque. Con sigilo, los atacantes tomaron una a una las casas y granjas del arrabal, sin causar alarma. Después escalaron la muralla de la villa y se derramaron

por las calles de intramuros, sin encontrar oposición hasta que un alarido de espanto tocó a rebato: sólo entonces hubo una breve y desordenada lucha, en la que cayeron muchos cristianos. Pedro apenas tuvo tiempo de echarse encima una camisola cuando los golpes comenzaron a retumbar en su puerta. Sin pensarlo, empujó a su mujer y a sus dos hijos hacia la parte de atrás de la vivienda y con rapidez los fue sacando por un estrecho tragaluz al patinillo de los cerdos. Ya no los volvió a ver. Apenas acababa de sacar al pequeño por la abertura cuando el portón se vino abajo y dejó el paso franco a dos moros que le acometieron con lanzas enristradas. El primero de ellos frenó en seco, con el pecho atravesado por un virote hábilmente lanzado por Pedro; soltó su lanza casi a sus pies y antes de que el otro pudiera darse cuenta de lo que ocurría, se encontró con esa misma pica clavada en la barriga.

Cargada de nuevo la ballesta, Pedro salió con cuidado a la calle y se fue de inmediato al patinillo trasero en busca de los suyos, pero ya estaba desierto. Los llamó en susurros al principio y después a limpio grito, pero sólo consiguió atraer la atención de varios moros que corrieron hacia él. Con la ballesta en bandolera, corrió a perderse en la oscuridad en dirección a la alcazaba, donde logró acogerse junto a unos pocos cristianos más.

Todo el que no pudo ampararse a tiempo tras los muros del castillo, fue cautivado o muerto. Desde allí pudieron ver a los asaltantes afanarse en su tarea, buscando riquezas y cautivos en cada rincón de la villa y prendiendo fuego por doquier, unos matando a los cerdos, otros vaciando los graneros, mientras los demás sacaban de las chozas en llamas los modestos ajuares y mujeres medio desnudas. Todo un día tuvieron que ver cómo saqueaban la villa y sus alrededores, hasta que la noche mudó el deseo de los atacantes y su frenética actividad, pasando de la codicia del botín a la pasión por su disfrute. Los alaridos de las cautivas y las risas de los mahometanos llegaban nítidos a los baluartes donde los sitiados lloraban su pérdida y maldecían su vergüenza y falta de previsión. Como al resto, a Pedro le comía la inquietud por no saber el destino de los suyos. Tal vez Juana simplemente aprovechó para volver con su gente. Mejor eso que no cautivos. Se afanaba aguzando la vista por si los reconocía en el montón de vecinos apresados, pero no los encontraba. La luz titubeante de las hogueras, encendidas sacrílegamente con las santas imágenes y las cruces halladas en la iglesia, dejaban ver desde la alcazaba los ojos brillantes de estupor en las cabezas empaladas. Luego el cansancio pasó factura y donde antes se oían voces y risotadas, aullidos, golpes y bullicio, llegó la quietud.